



ZAMORA ILUSTRADA.

Revista Literaria Semanal

AÑO 1.º

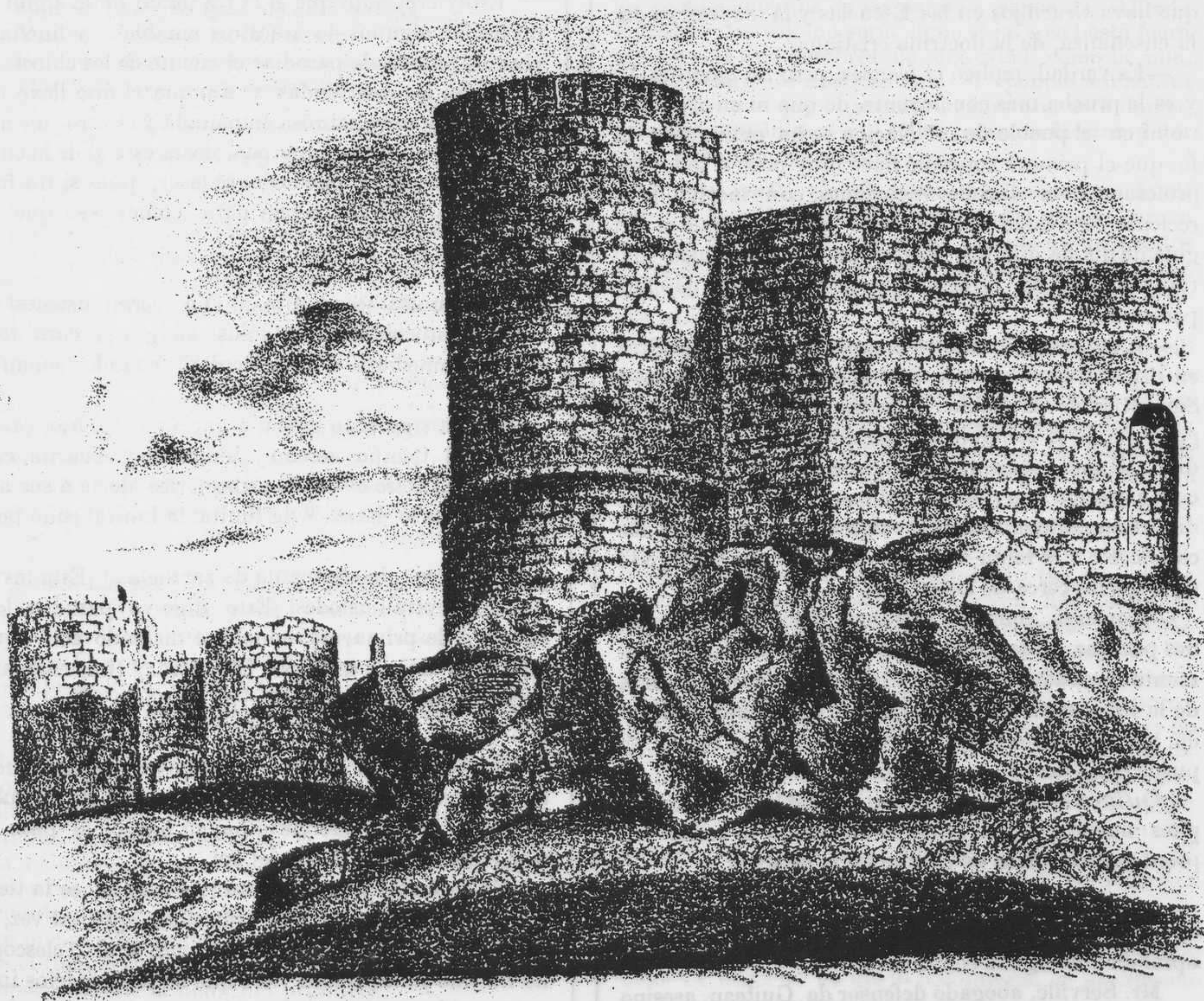
SUSCRICION.=2 rs. al mes en todas partes.=Anuncios y comunicados á precios convencionales.

DIRECTOR: J. ALVAREZ MARTINEZ.

Zamora 9 de Noviembre de 1881.

NÚM. 36.

PUNTOS DE SUSCRICION.=Calle de la Rua. 10.
CORRESPONDENCIA.=Sacramento, 2.



PUERTA DEL MERCADILLO Y PORTILLO DE LA TRACION.

(Zamora.)

SUMARIO: GRABADO, La puerta del Mercadillo y portillo de la traicion.—Crónica general, por D. Mariano Perez.—Existencia efimera de la hermosura, (soneto).—A la juventud zamorana, por D. Prudencio Bugallo de Ribera.—El oso moderno, (poesía), por D. Andrés Alonso.—Viaje al país de los muertos, por D. Adrian Navas Diego.—Nuestro grabado, por D. Ursicino Alvarez Martinez.—Notas y noticias.—Tertulia.—Anuncios.

CRÓNICA GENERAL.

(En un coche de primera de la línea del Norte).

—¿De qué deduce V. preguntó, hace muy pocos dias, un francés, algo amostazado, á un español, á quien aquel habia oido lamentarse, con otro viajero, de algunas disposiciones del Gobierno de la República en contra del Catoheismo, que en Francia no hay ó está próxima á extinguirse la fé religiosa?

—¿Le parece á V, contestó el interpelado, poco elocuente prueba de aquella negacion, el destierro de los religiosos de todas las comunidades, la prohibicion de que haya Crucifijos en las Escuelas y la supresion en la enseñanza, de la doctrina cristiana?

—Es verdad, replicó el francés, pero no ignorará V, y es la prueba más concluyente, de que ni en el gobierno ni en el pueblo de mi Nacion se ha extinguido la fé, que el primero concedió hace muy poco á todos los profesores tres dias de vacaciones, con motivo de la reciente festividad de Todos los Santos y que al siguiente dia de difuntos, segun los datos oficiales, fueron visitados los cementerios de Paris por 345,281 personas.

—A eso, añadió nuestro compatriota, suele decirse en España, que es poner una vela al diablo y otra á San Miguel. Al diablo ya sabemos que la puso el gobierno de la República y por qué la conserva encendida. ¿Habrá encendido ahora la del Santo por una cosa parecida á la que ha obligado á Bismarck á modificar su política haciendo algunas concesiones á los católicos ó á la reina Victoria á enviar un encargado de negocios cerca de Leon XIII?

—Bismarck, concluyó el francés, hace esas concesiones por que no le conviene que se disuelva el Parlamento acabado de reunir y la reina Victoria necesita de la intervencion del Papa en las cuestiones de Irlanda; pero el gobierno de la República ¿que objeto se puede proponer...?

¡*Quince minutos de parada!* fué la contestacion, pues nuestro viajero habia abandonado el coche tan pronto como el tren se detuvo en la estacion.

**

¡Pues señor... está visto; no pasa dia en que no aprenda uno alguna cosa nueva.

Mr. Serville, abogado defensor de Guitcan, asesino de Mr. Garfield, ha querido probar la inocencia de su defendido, ante el Tribunal que le juzga, diciendo, no solamente que Guitcan estaba enfermo cuando intentó asesinar al Presidente, sino que este no murió de las heridas que aquel le infirió y sí por la incapacidad de los profesores que le asistieron.

De manera que segun tan ilustrado abogado como hábil defensor, los que en adelante infieran á otro heridas más ó ménos graves, aunque de sus resultas muera el herido, tienen el recurso de decir que estaban enfermos, en aquel momento ó lo que es más sencillo aún, afirmar que los médicos que le asistieron eran unos brutos; que en buena lógica quiere decir que deben fusilar á los médicos.

**

Nada se sabe aún de positivo sobre el proyectado viaje de nuestros Reyes al vecino reino; y sin embargo la prensa de Lisboa, parte de ella, habla hasta con entusiasmo de los preparativos que allí se hacen para recibir dignamente, no solamente á nuestros monarcas sino al príncipe de Gales y á los emperadores de Brasil, de quienes se tiene noticias oficiales. Y otra no pequeña parte de la prensa, pone el grito en el cielo, protestando de una entrevista que, segun creen, ha de dar por resultado la union ibérica; y antes que eso, prefieren que Portugal se anexe á Inglaterra.

Estoy creyendo que si la tal union fuese algun dia un hecho, algunos de nuestros amables... y finchados vecinos habian de parodiar el cuento de los chicos, que reunieron las meriendas, y aunque el uno llevó una recientita y muy sabrosa empanada y el otro un mendrugo de pan duro y moreno, decia este al de la empanada. Bien me lo puedes agradecer, pues si no fuera por mí no tendríamos pan para comer eso que has puesto tú...!

**

¡Esa lunita! ¡esa lunita...! ¡Ya verán ustedes! ¡Ya verán! Esto solía decir á sus amigos el cura de un pueblo inmediato á esta capital, cuando solian de paseo.

Al dia siguiente llovía, ó hacia viento, frio, calor ó estaba el tiempo sereno y templado y el curita, cualquiera que fuese el estado atmosférico, decia á sus amigos. ¿No os lo decia...? ¡la lunita! la lunita! ¡sinó podia fallar!

El teatro... la compañía de zarzuela...! ¡Este invierno...! ¡ya verán ustedes! ¡Esto digo yo parodiando al cura y á la primayera; concluiré diciendo con aquel: ¿No se lo decia á ustedes? ¡El teatro...! ¡La compañía de zarzuela...! ¡El invierno...! ¡si no podia fallar!

**

Los astrónomos deben estar hoy de enhorabuena si han correspondido á lo que esperaban los descubrimientos que en Mercurio hayan hecho, al paso de este planeta por el disco del sol.

Es probable que conozcan ya que no es la tierra el único cuerpo rodeado de atmósfera; que, tal vez, no es el único que está habilitado; pues, si el Telescopio no ha sido infiel, habrá visto que en los espacios incalculables, existen otras tierras celestes con sus montañas y sus mares y por consiguiente, con muy parecidas condiciones de vida que la nuestra.

Pronto sabremos todos los descubrimientos que esa anímica ciencia haya logrado hacer y aunque

El mentir de las estrellas
es un seguro mentir

por que ninguno ha de ir
á preguntárselo á ellas,
sin embargo, alguna verdad habrán descubierto al
verificarse este fenómeno que, como otros infinitos
elevatorá nuestro espíritu á los grandes enigmas de la
creacion, para admirarla una vez más y admirar y
adorar al sábio y omnipotente creador.

MARIANO PEREZ.

EXISTENCIA EFIMERA DE LA HERMOSURA.

SONETO INÉDITO DE DON JUAN FERNANDEZ GALVAN.

Vive perenne el héroe en la memoria
De los pueblos que vieron sus proezas,
Y escriben el florón de sus grandezas,
Como primera página en la historia;
Conquista la corona de su gloria,
La que da mejor brillo á las cabezas,
Y el baril perpetúa sus bellezas,
Dándoles vida nunca transitoria;
Tan solo juventud, la Soberana
Creyéndose del tiempo, se figura
Que cual hoy, brillará siempre galana.....
Y apenas ostentó su donosura,
Sin dejar ni un recuerdo, ya mañana
Marchita se la vé en la sepultura.

A LA JUVENTUD ZAMORANA.

Amante siempre de las glorias pátrias, siendo aún
muy niño me dediqué con asiduidad y celo á inquirir
é investigar los recuerdos históricos de la ciudad en
que se meció mi cuna; empero aún cuando luché con
incesante afán, no hube de ver logrados mis deseos
más que en una tan exígua parte, que al cabo de al
gunos años apenas llegué á reunir datos para llenar
unas cuantas cuartillas de papel, á causa de haber
descartado el mayor número de ellos por ser tal la in-
verosimilitud de que adolecían, que solo como cuentos
ó consejas podían aceptarse entre personas de una re-
gular cultura; y varios de los cuales me han suminis-
trado materia para algunos de mis romances, publica-
dos en este semanario.

Esto acaecía por los años de 1863 y 1864 en los
que contaba yo quince y diez y seis respectivamente.

Aunque la empresa por mí acometida era colosal
para mis fuerzas, la hubiera proseguido sin embargo,
con todo el ardimiento y temeridad propios de mis
cortos años, sin que fueran bastante á hacerme cejar
un solo paso los mil y mil insuperables escollos que
habrían de oponerse en mi camino (como más tarde
se opusieron), á no habérmelo interceptado un inci-
dente inesperado y con el que precisamente ménos
contaba; y cuyo incidente fué el hallarme, de la noche
á la mañana, perdidamente enamorado, con lo cual
creo excusado decirte, lector, que di al trasto con los
recuerdos históricos para dedicar todos los míos á la
Eva que me habia propinado la dorada píldora, que
con el tiempo habría de adquirir las mismas é iguales
proporciones de la manzana primitiva.

Pero como en este mundo á todo llega su término,
llególe el suyo á mi adorada pasión que, si bien no se
amenguó en lo más mínimo, se metamorfoseó por com-
pleto, recobrando con esto todo su vigor mis faculta-
des intelectuales hasta entonces adormidas al dulce
arrullo de quiméricas ilusiones.

Así las cosas, hubo de despertarse en mí, nueva-
mente, el por algun tiempo mal acallado anhelo de

conocer la gloriosa historia de mi país natal, y redob-
lando mis esfuerzos, allá por el año de 1870 proseguí
mis investigaciones, no quedando rincón que no escu-
drinara; mas todo en vano: en el archivo del Ayunta-
miento no encontré, ni existe, documento alguno; el
de Santa María de la Orta habia sido traído á esta
Córte por órden del Gobierno, y el de Santa María la
Nueva fuéme imposible verlo á causa de ser tres los
claveros y no lograr jamás que se reunieran.

Estas insuperables dificultades, por una parte, y
por otra el ningún incentivo de aquella época, puesto
que no existía por entónces en la localidad publicacion
alguna, ó de existir, no se ocupaba para nada de cues-
tiones científicas y literarias, fueron la causa por la
cual hube al fin, bien á mi pesar, de renunciar á mi
propósito.

Mas hoy que, afortunadamente, cuenta ya Zamora
con varios periódicos que ofrecen vasto campo y hon-
roso palenque donde la juventud, especialmente, pue-
de ostentar su suficiencia tanto científica cuanto lite-
raria, como lo vienen haciendo (justo es decirlo) desde
que ésta revista vió la luz pública, varios jóvenes, que
si bien no conozco, sus apellidos no me son extraños;
y entre los que descuella por su decidida inclinacion á
los acontecimientos de los pasados siglos, D. Alfredo
Panadero, no solo no sería digno si no que hasta fuera
vituperable que hombres de una edad como la mia,
permaneciéramos apáticos ante el ejemplo entusiasta
de amor pátrio que la juventud zamorana está dando,
y no coadyuváramos con todas nuestras fuerzas á dar
cima á la obra comenzada.

Por mi parte, alejado como me encuentro de mi
patrio hogar, bien poco ó nada podré hacer; pero si
por esta misma razon no me es posible inquirir datos
ni recojer apuntes, puedo, en cambio, hacer, y haré,
algunas indicaciones que sirvan de norma á mis jóve-
nes paisanos.

Recuerdo que en una tarde de Julio de 1878, salí
de paseo al poético bosque de Valerio, acompañado de
mi hermano D. José M.^a Bugallo y otro amigo llama-
do D. Pedro Jesús Solas; y de regreso entramos en la
ermita nominada de Nuestra Señora de los Remedios,
que á la sazón se encontraba abierta; pusímonos á
examinar con detencion los cuadros que de sus pare-
des penden, como tambien el lagarto ó especie de cai-
man que hay á un lado del cancel de la puerta de en-
trada, y estando los tres hablando de tan corpulento
animal, se acercó á nosotros un joven llamado Juan
(no recuerdo el apellido), hijo del encargado ó sacris-
tan de dicha ermita, el cual no supo decirnos otra co-
sa más que aquel santuario habia disfrutado de gran lo
importancia en la antigüedad, pues habia sido parro-
quial: «siento mucho, decía, dirigiéndose á mí, que no
haya Vd. tratado ni hecho mencion de ella en sus pe-
riódicos;» y como yo le repusiera que carecía de datos
y antecedentes para hacerlo, manifestó que su herma-
do el presbítero D. Pedro poseía un libro antiguo, for-
rado en pergamino, que contenía el historial del templo
mencionado y que recibiría sumo placer en ponerlo á
mi disposicion, para que extractara lo que mejor me
pareciera y le diera publicidad. Quedé, en efecto, en
avistarme con su hermano, pero mis múltiples ocupa-
ciones y negocios no me lo permitieron, y el proyecto
no llegó á realizarse.

Yo creo, pues, que á cualquiera de los redactores ó
colaboradores de ZAMORA ILUSTRADA, sin distincion, que
se acerque al presbítero de que dejo hecha mencion,
obtendrá desde luego cuantos antecedentes obren en
su poder; y si éste no tuviera los suficientes, quizá el
señor Párroco de la de Santa Lucía, de la cual es ane-
jo el susodicho santuario, pueda suministrar algunos

también; y de este modo, tal vez lleguemos á saber algo del célebre lagarto. (1)

Los mismos señores, es posible tengan también entre sus papeles algún documento referente á otro santuario que dicese hubo en la «Vega,» y del que se conserva aún parte de sus muros por el lado de la huerta que está á espaldas del caserío que lleva aquel nombre; y cuyos muros, si mal no recuerdo, sirven de tales en la actualidad á una panera. También yacen hasta ahora relegados al olvido, siendo dignos de especial mención por la antigüedad que denotan, los templos nominados del Espíritu Santo, San Ildefonso, San Isidoro, San Andrés, San Cipriano y San Juan, de los que podrán conservar algunos documentos los respectivos párrocos, quienes se prestarán gustosos á ponerlos de manifiesto, contribuyendo así en gran manera al mejor éxito de tan árdua tarea.

Hé aquí, pues, apuntadas las indicaciones que por ahora se me ocurren, sin perjuicio de seguir apuntando las que en lo sucesivo pudiera recordar, cumpliendo de este modo lo que dejo ofrecido.

A vosotros, jóvenes zamoranos, toca ahora investigar sin descanso y averiguar lo que hasta hoy permanece ignorado.

Si obtuviérais un feliz resultado, como es de esperar, uniérase á vuestra justa satisfacción la alta preza de merecer entre vuestros paisanos el honroso dictado de «Amantes hijos de vuestra patria.»

PRUDENCIO BUGALLO DE RIBERA.

Madrid, Octubre, 1881.

EL OSO MODERNO.

Hacia un piso tercero tan alto
que á las nubes parece llegar,
un amante dirige la vista
con grande ansiedad.

Todo el mundo que pasa y le mira,
se sorprende; le vuelve á observar,
y se le oye decir *sotto voce*...
¿á quien mirará?

De un balcon de este piso tercero
las ventanas abiertas están,
y se ven los nevados visillos
besando el cristal.

Hora y media despues á éste jóven
fatigado de tanto esperar,
se le vé que abandona la calle
mirando hácia atrás.

Al doblar una esquina se para;
y tornando otra vez á mirar,
pudo ver al balcon una niña
de pálida faz.

Presuroso al mirarla, se acerca;
la saluda feliz en su afán,
y cuando ella sonríe....., se juzga
dichoso mortal.

(1) Allá en mi infancia oí referir á las gentes sencillas que el lugar que hoy ocupa la ermita, formaba parte de unos extensos matosales que en lo antiguo habia, y en los que se guarecía un formidable lagarto que tenía aterrados á los moradores de la poblacion, pues colocado siempre en acecho acometía no solo á los niños sino que también mas de un desdichado caminante fué víctima del terrible y canívoros reptil; que viniendo un día un soldado para la ciudad vióse de repente asaltado por tan feroz animal y pidiendo con todo fervor á la Virgen santísima le recorriese y remediasse en trance tan extremo y apurado acometió con detenido á la bestia y dióla muerte, erigiéndose despues en aquel sitio, en memoria de tan fausto suceso, el santuario que bajo la advocacion de «Nuestra Señora de los Remedios,» ha llegado á nuestros días.

Como están muy distantes y advierten
que hay curiosos aquí y acullá,
no despliegan los labios ni pueden
hablarse jamás.

Se hacen señas, se miran, mas todo
en la vida es ventura fugaz,
pues disuelve la escena amorosa
el sério papá.

Al notar el amante que cierra
el balcon su amorosa beldad,
pesaroso se aleja diciendo.....
¿por qué cerrará?

Cuando el padre riñendo á la niña
escuchó que era bueno el galán,
iracundo y colérico dijo
¡valiente truhan!

ANDRÉS ALONSO

VIAJE AL PAIS DE LOS MUERTOS.

Cesó la gritería, cesó la algazara que reina en las calles de Madrid; no se escuchan músicas y solo el lúgubre plañido de las campanas interrumpe el silencio sepulcral y magestuoso que reina por todas partes.

¿Que es esto?

La multitud se apiña á las puertas de los cementerios.

Todo nos recuerda que es el día de la conmemoracion de los difuntos.

Yo me hallaba poseido de ese mal tan comun en los ingleses efecto de la atmósfera cenicienta de su país, al cual se dá el nombre de *spleen*.

Era ya bastante entrada la tarde y las campanas anunciaban con su doliente sonido que era llegado el día en que debíamos visitar las tumbas de nuestros parientes ó nuestros amigos: todo venía á aumentar la profunda melancolía que se habia apoderado de mí.

En esta disposicion de ánimo determiné hacer mi excursion al país de los muertos. El sol velado por los oscuros nubarrones que empañaban la atmósfera, producía una luz amarillenta como la de los blandones que alumbran un ataúd.

Envolvime en las oleadas humanas que se dirigían por mi propio camino, y continué la misma direccion de los que me precedían.

Las gentes visitan los cementerios, no deseosas de derramar una lágrima, colocar una corona de flores sobre el sepulcro de los suyos y pedir á Dios por ellos; sino por idéntica razon que en Navidad van á la Plaza Mayor á comprar turrón, y el día de San Isidro á la pradera á comer rosquillas y el Viernes Santo á ver *la cara de Dios* y celebrar su muerte con una romería perfumada por el aceite y el aguardiente. Van á los cementerios, repito, como á una de tantas diversiones; á distraer el tiempo que falta para reunirse, segun costumbre, por la noche á celebrar la memoria de los difuntos con una orgía de bufuelos y castañas.

Salí por la puerta de Bilbao y no tardé en divisar como blanco fantasma en un bosque de oscuros cipreses, el triste Camposanto.

Al fin llegué ante la verja que sirve de principal entrada á la mansion de los muertos, llena á la sazón de gentes que una vez al año van á perturbar la calma y el reposo de estos santos lugares.

No dejó de causarme indignacion y sorpresa, la animacion y alegría de la concurrencia, en un sitio que naturalmente infunde cierto sentimiento de respeto, y en vez del terror de que parece ha de poseerse el

que pisa aquel sagrado recinto, notábase en los rostros de la muchedumbre cierta tranquilidad que demostraba la indiferencia con que se mira el sepulcro y las pocas reflexiones tristes, al pisar sobre un pavimento mal seguro y nivelado con cadáveres.

Parece mentira que se entre con irreverencia en esa solemne mansión, donde la azada del enterrador ha unido á los que jamás se conocieron en vida; á enemigos irreconciliables que se hicieron cruda guerra y duermen unidos el sueño de la eternidad; allí están el juez y el reo, el potentado y el humilde siervo; quizá algún infeliz muerto de hambre en una boardilla, cerca de otro no menos infeliz que muriera de indigestión en el principal; allí se confunde todo; allí llegan á tocarse la vida y la muerte; allí se une el cielo con la tierra.

Confieso que empecé á sentir el frío del miedo en cuanto di los primeros pasos.

El ruido que yo mismo producía y el rumor de la brisa entre las hojas de los árboles me hizo la misma impresión que el agua fresca al ponerse en contacto con nuestro cuerpo, cuando penetramos en un baño.

Cesó mi primer estremecimiento, y me lancé con ánimo resuelto y pié seguro, por entre aquel laberinto de losas cinerarias.

A medida que andaba iba recordando la vida y bullicio de otro tiempo, en lo que ahora es todo silencio y muerte.

Mujeres encantadoras que, llenas de juventud y fuego halagaron con un gracioso saludo ó una angelical sonrisa mil amorosas ilusiones, han perdido allí todo el fausto, la vanidad y la hermosura.

Allí todo se iguala: todo yace.

¡Bendito sea Dios, que ha grabado en el corazón de los hombres combatidos por la fortuna, ese gran consuelo que jamás se frustra!

La única verdad que hay en la vida es la muerte.

No hay ilusión que no se marchite, ni deseo que no se malogre, ni esperanza que no se desvanezca. Solo se realiza la esperanza de los desgraciados, porque piensan, con harta razón, que al cabo de la jornada todo deja de ser.

Tal vez al egoísmo de los que se creen felices y se avienen con suma satisfacción á las miserias del mundo, siente más el que todo sea perecedero y vano, y no se libren del comun término ni los más licitos goces; pero la Suma Justicia no ha querido privar de la esperanza á los que sufren, por más que agriara la felicidad de los que gozan.

Mas advierto que sin pensar voy tomando un camino tan opuesto al que me propongo como desagradable para mí.

Y ciertamente no es solo mía la culpa: hay extrañas influencias, manos ocultas que conocemos con el nombre de *circunstancias*, y que en muchas ocasiones son causa única de nuestros actos, fabricantes invisibles de grandes hechos y grandes tonterías, que las más aguzadas inteligencias á duras penas pueden explicar.

Repito, pues, que me encontraba en el cementerio.

Recorría entre la concurrencia sus grandes patios y leía de paso algunos epitafios e inscripciones, todas engalanadas con gasas, cintas y coronas, admirando, aunque con tristeza, aquellos jardines y arboledas que tratan de variar el aspecto de esta lúgubre mansión, y los elegantes mausoleos erigidos á determinados seres que vivieron.

En uno de ellos leí el nombre de una persona querida; me postré de rodillas, fijé mi vista en el sitio en que reposaba; una lágrima cayó de mis ojos surcando mis mejillas, y elevé á Dios una plegaria.

Embebido en aquel éxtasis profundo, me vino á distraer un murmullo sordo, semejante al ruido monótono de las olas del mar, producido por el movimiento de agitación de la multitud. Mil reflexiones se agolparon á mi mente. La confusión, la gritería infernal que se escuchaba por todas partes, me causaba pena; figurábame una reunión de gentes que habían venido á celebrar una romería, más que á derramar una lágrima y exhalar un suspiro.

La hora del crepúsculo era ya, y la multitud había dejado casi desocupado el campo santo; eché una mirada al rededor, y solo ví algunos grupos que se alejaban y varias personas apagando las hachas que habían cuidado de hacer arder durante toda la tarde, y con lo cual creían haber cumplido con los deberes de buen padre ó buena esposa.

Sin embargo, aún hay corazones en cuyo fondo resuenan esos gritos delirantes de la multitud alegre, como en la cavidad de una montaña el quejido lastimero de una oveja perdida; que á las careajadas frenéticas del mundo responden con un ¡ay! horrible de dolor.

Al fin, quedéme solo.

Al escuchar el rumor de las hojas de los árboles, ya desnudos de nidos y follaje, y el silbido del viento, parecía que herían mis oídos ayes lastimeros de agonía y que el mundo todo entonaba un himno de muerte.

No habeis percibido desde lo más íntimo de vuestro corazón esos tristísimos rumores que se escuchan por todas partes en una noche de opaca luna, rumores que, sin daros cuenta de ellos, van agolpando las lágrimas á vuestros ojos y los recuerdos á vuestra imaginación; rumores, en fin, cuya causa os es completamente desconocida, haciéndoos dudar si son producidos por la naturaleza ó son tal vez las mismas vibraciones de vuestra alma, perceptibles en el magestuoso silencio de la soledad?

Esos rumores, esos tristes acordes son la verdadera expresión del sentimiento.

Silbaba á aquellas horas una fuerte brisa: las pocas luces que habían quedado despedían rayos amarillentos como los que el sol vierte en el crepúsculo de la tarde, cuando dá al mundo su último adiós: las flores se escondían en sus cálices como esperanzas engañadas ó doble-gaban sus corolas pálidas y marchitas, y en vez de mirar al cielo con la inocente alegría de la pureza, parecían fijar sus apagados ojos en la tierra, como si esta fuera su única y postrera esperanza.

Lo mismo ocurrió á mi alma: ayer loca de placer, satisfecha de sí propia, sonriendo de felicidad al contemplar su hermosura, y ahora avergonzada de su miseria, pálida y mustia; ayer considerábase dueña y señora de sí misma, hoy se extremece, vacila y se esconde anonadada en los rincones de su pequeñez.

Allí permanecí mudo, más triste que la inocente paloma que mira manchada su blanca pluma.

El silencio llegó á hacerse profundo: el terror se esparcía por todas partes.

Un pájaro que cruzó los aires con rauda vuelo, cual flecha disparada de su arco, produciendo un ligero ruido al rozar con sus alas el descarnado ramaje me hizo estremecer y levantar bruscamente la cabeza.

Entonces miré al pajarillo posar ligero sobre la verde y elevada punta de un ciprés, dirigiendo miradas curiosas á un lado y otro, y moviendo su cabecita de derecha á izquierda en busca de alimento; pero en vano: ni un grano de semilla se veía; no había allí ni aún para la vida de un miserable pajarillo. ¡Tan escaso es el producto de los muertos!

Al fin, emprendió de nuevo su vuelo y yo le seguí con la vista hasta perderse en la niebla. Entonces comprendí que aquella era un alma más libre que la mía.

Instantáneamente estendí los brazos y dirigiéndome al pajarillo, exclamé con voz casi ininteligible:

«¡Pájaro! vé á rogar á Dios que se digne conceder el perdón á los que vienen á profanar estos santos lugares.

«Inplórale misericordia.»

En esto el frío de la *realidad* atravesaba mis huesos. ¡Pobre de mí! No podía desplegar los labios; me habian robado la energía, paralizando la sangre de mis venas, y un profundo dolor puso á mi alma en estado melancólico y triste.

Una excitación terrible se apoderó de mí, y era tal la intensidad de mi dolor, que creí haber llegado al colmo de mi desventura.

Ya no me espantaba el ruido de mis pasos, ni el rumor de mi respiración fatigosa, ni el susurro del aire; ya no me espantaba, en fin, la soledad; me espantaba la compañía de los recuerdos dolorosos que me salían al encuentro por todas partes.

El llanto asomó á mis ojos.

Yo necesitaba orar; mitigar la sed que me devoraba.

Agitado, convulso, jadeante, penetré casi instintivamente en la capilla, á desahogar mi corazón y dar fin á mis amarguras.

Allí en el pavimento reposa el inmenso catafalco: urna cineraria donde vamos á depositar nuestras lágrimas y nuestras plegarias, alumbrada por cirios que centellean con profusión sobre los negros paños de la tumba.

Allí sentí un consuelo inefable.

Allí no estaba yo solo.

¡Allí estaba Dios conmigo!

Pero ¡ay! que sentí partirse el corazón cuando fijé la vista en un epitafio que tenía bajo mis rodillas!

¡AQUÍ YACEN LAS CREENCIAS!

¡Dios mío! exclamé, ¡Tened compasión de la humanidad!

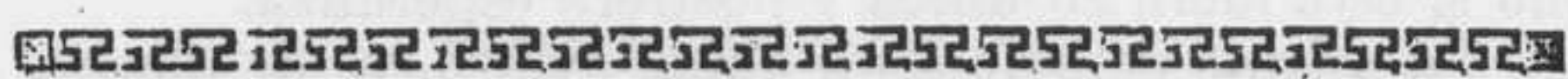
En aquel momento llevé mis manos al pecho para contener los latidos de mi corazón. Mis dedos tropezaron con algo que tenía el frío de la muerte.

Era aún otra losa fúnebre, colocada sobre un bolsillo de mi chaleco. Decía de este modo:

¡AQUÍ YACE EL VACÍO!

ADRIAN NAVAS DIEGO.

Madrid, 3 Noviembre, 1381.



NUESTRO GRABADO.

Los que hemos vivido habitualmente en Zamora ó cerca de ella, acostumbrados á mirar cada día esos vetustos muros, esas torres almenadas y esas puertas inutilizadas ó derribadas, no solemos recordar que sus moles de pesada impostería son otros tantos testigos de mil heroicos hechos, del paso de muchas generaciones que han acabado altas empresas que hoy son admirados en la historia por los que frecuentan sus agradables y curiosas enseñanzas.

Todo lo noble, todo lo grande y maravilloso nos lleva hacia una natural admiración y sorprende agradablemente nuestro ánimo, haciendo además nacer en la voluntad el deseo de alcanzar la posesión de esas mismas cualidades. Zamora tiene, entre otras, una circunstancia, un fragmento, un episodio histórico que no puede menos de halagar al que es zamorano de corazón y de connover á cuantos se entretengan en conocerlo.

Es seguramente muy conocida ya por ser una de las situaciones más culminantes de la historia de nuestra vieja ciudad; pero no podemos excusarnos de dejar su narración inclusa en un semanario que procura dejar reunidos en su seno esos mismos más honrosos antecedentes zamoranos.

Ese elevado torreón que se alza como dominando el espacio y avanza entre sus compañeros de defensa sobre la

punta de una roca; esa cegada puerta y casi hasta su arco sumergida en la tierra y el escombros, aprisionada como dama encantada entre dos gigantes muros, y ese angosto y elevado portillo que miramos todos los días con indiferencia, sintieron enternecer sus entrañas de piedra ante el más grande de los patriotismos, ante la más alta de las lealtades y de las abnegaciones.

Apesar de lo muy conocido que es el episodio á que nos referimos, habrá acaso muchas personas que no lo hayan leído ni oído referir, y habrá, de seguro, muchas que no hayan reflexionado, aún sabiéndolo, en el verdadero grado de su significación. Los recios muros que son objeto de nuestro grabado, las gallardas torres que en él se señalan si por acaso puede disputárselas el valor monumental, de ningún modo puede negárselas su grande importancia histórica, su notorio interés como teatro de escenas conmovedoras y honrosísimas para el nombre zamorano.

Basta anticipar que si con justicia son apreciados los muros del que fué palacio de la infanta doña Urraca, porque representan una parte del suceso histórico del cerco á que sujetó la ciudad D. Sancho el Fuerte en el principio del siglo XI, aún más grande, aún más significativa importancia merecen en justicia también esos otros muros bajo los cuales se representó la más rara tragedia en que el valor, la lealtad y el amor patrio jugaron en rivalidad una sangrienta partida.

D. Sancho había caído atravesado por su propio venablo lanzado traidoramente á sus espaldas por un supuesto aliado que salió encubiertamente de la ciudad sitiada con la traza de que habia de mostrar al rey punto adecuado y propio para expugnarla. El mismo vivo deseo en el rey de adquirirla sirvió al instrumento de los sucesos para lograr otros fines. La muerte del rey castellano puso en su campo la más grande indignación y zozobra: el regicida, habia regresado á la ciudad apresuradamente en cuanto hubo herido á D. Sancho, y aunque perseguido de cerca por Rodrigo de Vivar, que desde el alto del Espíritu Santo vió, ó mejor adivinó el mal hecho del traidor Vellido, habiase entrado con su traición por el estrecho portillo que se vé á la derecha del dibujo de hoy. El caballo del de Vivar habia casi tocado la cola del perseguido, mas éste vióse, en fin, salvo del otro lado de esos muros.

El furor de los caballeros del campo sitiador no reconocía límites, el exánime cuerpo del herido monarca, tendido en su lecho bajo la tienda que se clavó donde hoy está también clavada una cruz que lo recuerda, encendía en aquellos valientes pechos el deseo de una pronta venganza. Las dilatadas siluetas de la cercana ciudad en cuyas almenas veíase ondear desde aquel teso el firme pendón zamorano, sus ferreadas puertas, sus robustas torres, bien convencían á los vengadores de que no podían pensar en conseguir la venganza en un asalto.

No habia, pues, más que un medio de poner en resolución el negocio: acudir al litigio de la fuerza en lo que se llamaba el juicio de Dios, retando á la ciudad á mantener su inocencia en el combate particular y reglamentado, ante la presencia de jueces especiales y la concurrencia de cuantos quisieran presenciar el terrible juicio. El más afamado caballero del campo de D. Sancho, Rodrigo de Vivar, sujeto por su juramento de no hacer armas contra la ciudad donde se habia criado, no podía tomar á su cargo la acusación de Zamora en el palenque; mas D. Diego Ordoñez de Lara, cuyo distinguido valor se habia probado en mil empeños difíciles y que por sus hercúleas fuerzas rivalizaba con el muerto monarca, á quien por tenerlas muy grandes en vida apellidaron el Fuerte, tuvo entre los otros caballeros, que á cual con más ahinco la pretendían, la honra de ser mantenedor de la causa del fenecido Sancho contra la ciudad en que reinaba por disposición del padre del último, D. Fernando I, su hija doña Urraca, hermana de aquel, y á quien contra la voluntad de éste, pretendía Sancho quitar por la fuerza la posesión de esta codiciada población.

Diego, pues, con tal recado se acercó á la muralla y en voz muy poderosa y entera acusó á la ciudad de haber mandado dar muerte traidora al rey, toda vez que de ella habia salido el asesino y en ella se habia refugiado; por lo que desde luego desafiaba á cuantos se hallaban dentro de la ciudad, hombres, niños, ancianos, cosas, personas y animales y piedras, y á cuantos hubiera habido y pudiera haber. Un venerable anciano que gobernaba en la ciudad, D. Arias Gonzalo, modelo de caballeros y cuya historia de largos servicios á

su patria le hacia merecedor de la confianza de la reina, que habia sido recomendada por su padre D. Fernando á la solicitud y experiencia del viejo soldado zamorano, contestó desde lo alto del muro al osado reto de Ordoñez, diciéndole que Zamora se disponia á partir luego campo con el retador defendiendo su inocencia en el asunto de la muerte de don Sancho; mas las leyes del duelo obligaban á Ordoñez por haber retado á un concejo á batirse con cinco caballeros y el anciano gobernador á quien los años no habian apagado aún el antiguo ardimiento quiso ser el primero en salir al palenque.

Cinco hijos aún mancebos de corta edad tenia D. Gonzalo Arias; muchos caballeros de la ciudad aguerridos y acostumbrados á combatir disputaban la gloria de mantener el reto; pero Arias quiso sacrificar cuantas prendas queridas acariciaban su vejez, y él mismo sacrificarse antes de permitir que otros algunos cumplieran el deber que él tenia el primero, de sostener la inocencia de la ciudad que le estaba encomendada. Así, ya que la reina y el pueblo se oponian á que su cuerpo ya trabajado por los años fuese el primero en resistir los golpes del fuerte Ordoñez, jamás quiso que dejaran de ser á lo ménos sus hijos mozos los que vertieran generosa sangre para lavar la mancha que queria imponerse sobre el limpio nombre zamorano.

Ya las gentes de dentro y fuera de la ciudad se agrupaban en derredor del sitio cercano á ella señalado para el palenque; los jueces esperaban á los mantenedores y los muros coronaban de espectadores ansiosos de saber el fin de aquella contienda. Entró Ordoñez en la empalizada bien armado con negras armas en símbolo de duelo por su muerto señor, en tanto que el buen Arias Gonzalo apercibía su primer hijo Pedrarias, armándole caballero para aquella ocasion, é infundiéndole aún más grande ardimiento que el que ya el mozo sentia por cruzar sus armas con el famoso paladin enemigo.

Con marcial continente se acabalgó el mancebo zamorano sobre un hermoso bridon muy bien armado y dispuesto, encaminándose por bajo de ese arco que representa el grabado entre dos cabos, que era la puerta del Mercadillo, al lugar donde ya con ansia esperaba D. Diego: á la señal de los jueces, fuéronse uno contra otro ámbos combatientes muy reciamente hiriéndose con rabia, chocando las armas con grande estrépito. Pero, ¿cómo la experiencia y la fuerza no habian de venir en tan desigual lance? Dió al fin en tierra, envuelto en roja sangre, el osado mozuelo que bien probó el temple de su brazo al avezado Ordoñez como vástago de tan buen origen; y entonces el vencedor mismo dió la triste nueva al padre cariñoso que esperaba impaciente, diciendo en alta voz: «Viejo D. Arias, bien podeísme mandar otro mozo de los otros, que aqueste tengol por fenecido.»

Esto oido por el buen anciano, muy lleno de dolor y rodeado de otros leales que en tan raro trance le asistian, haciendo grande esfuerzo en medio de esta malaventura, mandó luego al lugar del duelo á su otro hijo tambien muy mozo Diego Arias, que tomando otro caballo ligero, salió al instante por el dicho postigo viejo ó puerta del Mercadillo, y encarado con Ordoñez haciéndole alguna herida en los primeros encuentros, aunque bien hizo notar que circulaba por sus venas la sangre de Lain Calvo, cayó al fin bajo la incansable fortaleza del castellano.

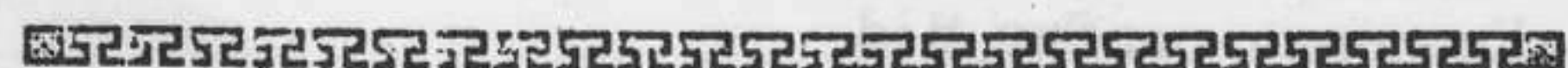
El atribulado padre, que á tan cruda prueba y tan largo martirio habia sujetado su sufrimiento, no por este nuevo desastre dobló la energia, la grandeza de su amor patrio ni su obediencia al deber. Le habian arrancado dos trozos de su corazon; la infanta y otras damas desechas en llanto ante el indomable anciano, y los caballeros y súbditos que por las calles, por los alrededores del palacio de D. Arias y del campo de la verdad, recibian con terror las nuevas de la inocente muerte de los dos primeros campeones zamoranos, pero nada desalienta al duro gobernador que, aunque transida el alma de dolor, otro tercer hijo manda á la insaciable lanza de Ordoñez. El tierno Rodrigo Arias, el más jóven hijo del buen viejo, aparece á su vez bajo la puerta del Mercadillo, y hace campo con Ordoñez, uniendo á su natural esfuerzo, la rabia de la venganza de sus hermanos, cuya generosa sangre enrojecia la arena del campo. ¡Todo inútil! El duro brazo de Ordoñez nunca desfallecia, y el desventurado Rodrigo siente hendida su cabeza bajo el rudo golpe de su antagonista; abrázase al cuello de su alazan, dispuesto á morir, mas no sin devolver su estocada á D. Diego con tal direccíou y rabia, que

si no tocó al guerrero, hirió tan fuerte al caballo de Ordoñez, que aun contra la voluntad de éste, lo echó fuera del palenque, á tiempo que el desventurado tercer hijo del buen Arias se revolcaba en su sangre en medio de la empalizada. Los jueces declararon, con este acontecimiento, libre á Zamora de la nota de traicion, aunque adjudicaron el triunfo á Ordoñez, que por sola disposicion de los sucesos que con justicia trajeron la prueba de la inocencia de la ciudad, salió del campo dejando vivo, casi muerto, á su adversario.

Esas vetustas puertas y murallas son, pues, el recuerdo de una hazaña, de un rasgo tres veces más grande que el que ha dado tanta fama al Guzman de Tarifa: si este patricio obligado por la prision de su hijo permitió su sacrificio antes que entregar la ciudad, el Arias de Zamora dió voluntariamente tres de los suyos para librar el honor de ella: aquel sacrificó un hijo á la honra de su propio nombre; éste perdió tres por la honra de su ciudad.

Por eso Zamora agradecida colocó más tarde, en memoria de tan señalada abnegacion, las estatuas de los hijos de Arias Gonzalo y la de este grande hombre sobre la puerta del Mercadillo, por la que salieron aquellos á una muerte casi cierta en aras de su amor patrio, cuyas figuras desaparecieron no ha mucho tiempo del sitio donde se hallaban, destruidas paulatinamente por la accion de los elementos y borrando de la piedra el recuerdo de tan famoso suceso, mas no de la historia y de la admiracion de los venideros que el trozo de muro si su aparicion no ofrece nada notable, recordaran al ménos que si por una de sus puertas entraron en Zamora la traicion la liviandad y la cobardia extrañas salieron por la otra la lealtad, la grandeza y el valor propio.

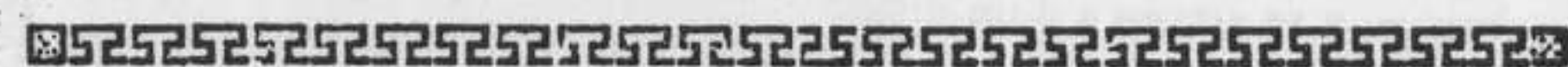
FRANCISCO ALVAREZ MARTINEZ



NOTAS Y NOTICIAS.

Un contratiempo inevitable nos ha imposibilitado de ofrecer á nuestros abonados el número actual en el dia marcado para su aparicion que era el miércoles, obligándonos á retrasarlo hasta hoy.

Teníamos terminado con destino á este número el retrato del Ilmo. Sr. D. Juan de Luelmo, obispo que fué de Calahorra y natural de Morales del Vino; pero al comenzar á tirarlo en la estampacion se destrozó sin poder evitar el fracaso. En su vista se tuvo que disponer otro de los que teníamos proyectados, muy interesante tambien, y esperamos que nuestros benignos favorecedores han de dispensar un retraso que ha sido de todo punto independiente de nuestra voluntad.



ERTULIA.

FUGA DE VOCALES.

.n Pi.t. J..n P.nt. .l q..nt.
p.r l. p.nt.r. d.sp.nt.
y .n p..nt. de p.nt. .p.nt.
p.nt. P.nt. .l p.nt: .n P.nt.

Solucion á la charada del número anterior.

FAVORITA.

Idem á la fuga de vocales.

¿No entiendes mi obra Mariano?
bien te se puedo creer;
¿pues como la has de entender
si está escrita en castellano?

ZAMORA.—1881.

IMPRESA DE JOSÉ GUTIERREZ GARCÍA,
Calle de las Doncellas, núm. 3.

SECCION DE ANUNCIOS.


HIJOS DE PUGA.


FABRICANTES DE AGUARDIENTES, LICORES RATAFIAS Y VINOS GENEROSOS.

CASA FUNDADA EN EL AÑO 1816.

Gran Medalla de Oro en la Exposicion de Paris de 1878.

Despacho unico, Malcocinado, núm. 6.
Su fábrica, San Torcuato, 67.
Exijase la marca de fábrica.





Clinica oftalmológica.

Se ha establecido en esta capital con residencia fija el distinguido y célebre oculista Don Maximiano Marban en la calle de la Renova. núm. 25.

Reciba la consulta desde las nueve de la mañana hasta la una de la tarde.

En la primera visita serán desengañados los que no tengan remedio.

Los pobres de solemnidad serán admitidos a ella gratuitamente.

LIBROS USADOS

que se hallan de venta en la imprenta de este periódico.



Historia eclesiástica, por Amat, 13 tomos.
Farmacia de Orfila, 2 id.
Economía, por Say, 2 id.
Apuntaciones sobre las partidas, por Berni, 3 id.
El Evangelio en triunfo, 5 id.
Variaciones de la Iglesia, por Bosnet, 5 id.
Ensayo histórico de la legislación, 1 id.
Leyes de Toro, 1 id.
Derecho civil, por Salas, 2 id.
Derecho romano, 1 id.
Corpus Juris Canoniceis, 2 id.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL.

Maravilloso secreto árabe exclusivo del Dr. Morales

Cura infaliblemente los padecimientos de la cabeza, incluso la jaqueca, los males del estómago, del vientre, los nerviosos y los de la infancia en general.—Se vende a 12 y 20 rs. caja para 20 y 40 tazas en las principales farmacias de Madrid y provincias.

Dr. Morales, Carretas, 39, principal.—Madrid.

TÓNICO GENITALES.

Célebres píldoras del especialista doctor Morales, contra la debilidad, impotencia, espermatorrea y esterilidad. Su uso está exento de todo peligro. Se vende en las principales farmacias a 30 reales caja y se remiten por el correo a cambio de sellos.

Dr. Morales, Carretas, 39, Madrid.

PURGANTES ANTI BILIOSAS, DEPURATIVAS.

De acción fácil y segura, toleradas por los estómagos más delicados. Se venden a 6 reales caja en las principales farmacias.

Depósito: Dr. Morales, Carretas, 39, Madrid.

PILDORAS DE LOURDES.



ALMACEN DE MADERAS DE CLAUDIO ANDREU,

CABAÑALES, ZAMORA.

En dicho almacén hay siempre un buen surtido de toda clase de maderas del Norte y suria, nogales y robles, a precios económicos, y se sirven a domicilio.

LOS PINTORES JOSÉ FUENTES Y LORENZO ANTON

Ofrecen al público su nuevo establecimiento, calle de San Andrés, número 5, inmediato a la Plaza Mayor, Zamora.

HOJALATERÍA DE URBANO ALONSO.

CARGABA, 28.

Constructor de bombas para extraer agua, aspirantes e impelentes, subiendo por hora 600 cañteros. Se encarga de toda clase de trabajos con toda perfección y prontitud a precios económicos.

ANTONIO GOMEZ GRANDE

SASTRE.

Confecion de toda clase de prendas. San Torcuato, 21.

LIBRERIA DE MANUEL RICO HERRERO,

RUA, 10, ZAMORA.

La casa Domenech y Montaner, de Barcelona, que tan justa fama goza por las obras que publica, ha empezado a dar a luz una serie de tomos de gran lujo con magníficos fotograbados y cromos.

Hasta la fecha van publicados cuatro tomos, que son los siguientes:

DRAMAS DE SHAKSPEARE.
CUENTOS DE ANDERSEN.
NOVELAS EJEMPLARES DE CERVANTES.

Estas obras pueden adquirirse al precio de 20 reales tomo ó bien suscribiéndose a la Biblioteca.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Cuatro repartos mensuales alternando tomos y láminas, 2 pesetas cada reparto.

Por lo tanto, un tomo encuadernado y un grabado cuatro pesetas y durante el mes se adquieren por ocho pesetas dos tomos y dos fotograbados.

Desarrollada como está en esta ciudad la afición a los estudios literarios, no dudamos que estas obras tendrán muchísima aceptación, por lo cual esperamos que nuestra numerosa clientela pase a ver la Biblioteca, en la seguridad que les reportará un gran beneficio.

TALLER DE HERRERÍA, CERRAGERÍA Y MAQUINARIA DE FRANCISCO GRIJALBA,

PLAZUELA DEL CORRALON, NÚMERO 11, ZAMORA.

Este establecimiento acaba de recibir toda clase de máquinas y herramientas, con lo que le permite hacer a mitad de precio todos los trabajos que se le confien.

Hay máquinas para toda clase de industrias a precios económicos.